

Testimonio de Mario Irarrázabal

Primera Parte: Detención

Esto lo escribí en junio de 1974, un mes después de los hechos.

Mateo 5:10-12 Felices los que sufren persecución, pues el Reino de los cielos pertenece a ellos. Felices cuando la gente les insulte y les maltrate, y cuando digan toda clase de cosas falsas contra ustedes por mi causa. Alégrese y estén contentos.

Dos semanas antes de la detención había ido la DINA a nuestra casa parroquial. Eran como las 8 PM., y detuvieron al párroco Daniel Panchot, a una pareja que había ido a una charla prematrimonial, y a un joven que dirige uno de los grupos de preparación para la Confirmación. A vista de los vecinos se llevaron al cura tendido en la caja de la camioneta, esposado y vendado. Más tarde lo bajan y lo hacen subir a un departamento vecino para que su dueño lo identifique. "Ese no es Diego", dijo. Luego devolvieron al padre Daniel, nuevamente tendido en el suelo, le pidieron excusas, y le rogaron que comprendiera.

Una semana antes volvió la DINA con una testigo que usaba lentes oscuros, preguntaron por Mauricio (seminarista) quien no se encontraba allí entonces. El padre Martín atendió a la DINA. El agente se llamaba Miguel Velásquez (en realidad, teniente del ejército Miguel Krassnoff).

Las camionetas rondaban la población continuamente. Mauricio Laborde, Diego Irarrázabal y Martín Garate deciden dormir en casas de amigos. El padre Daniel y yo decidimos quedarnos en casa ya que no teníamos nada que temer. Queríamos seguir nuestra vida normalmente. Esa semana, sin embargo, vivimos y dormimos sobresaltados. Esperábamos que volvieran en cualquier momento. En la noche estábamos atentos a los ruidos de las patrullas que pasaban. El camión del vecino que llegaba justo antes del toque de queda no ayudaba en nada. A las 5:30 AM terminaba el toque de queda y podíamos respirar tranquilos nuevamente.

Rudos golpes en puertas y paredes nos despiertan. Nuestra casita de madera "Hogar de Cristo" tembló entera. Calle 14, población Nueva Palena. Eran las 3 AM del miércoles 15 de mayo de 1974. Entraron unos diez agentes, les exigimos orden de allanamiento. Dos quedan afuera con metralletas. Yo me levanté primero y abrí la puerta. No atinaba a nada, por la bulla, el estremecimiento y el sueño interrumpido. Empezaron a registrar toda la casa. Trataban con Daniel, así es que yo me arrojé en una frazada, y me senté en un rincón a un lado de la sala de estar. Estaba saliendo de una gripe. Un agente me preguntó quien era, y registró mi pieza que estaba pelada, sin mucho interés. Luego me dejaron tranquilo ahí en el rincón. En la pieza de Daniel y Martín encontraron un documento y plata. Comenzaron a interrogar a Daniel sobre el origen de esa plata, y Daniel se turbaba mucho y se contradecía. Así al menos les parecía. Sostenían que era extraño que en una casa tan sencilla hubiera tanta plata. Daniel sostuvo que era la subvención para la escuela San Marcos. Una de las camionetas partió a confirmar la historia a la casa del tesorero. En la pieza de Diego y Mauricio había comenzado una búsqueda más larga y minuciosa. Diego tenía verdaderos archivos sobre distintos temas y fichas de consulta que usaba como profesor. Durante las dos horas que duró el allanamiento me quedé sentado muy tranquilo. Trataba de mostrarme despreocupado, amistoso y sin temor. En contraste con los nervios de Daniel, que en su castellano difícil de entender, yo hablaba con los

guardias sobre la inocencia de los curas y su trabajo. Como si yo fuera un testigo que se encontraba ahí de paso, en casa de su hermano, y quería atestiguar la inocencia de ellos. Iban separando el material que les interesaba. Quedó al final un montón de papeles de unos 30cms. de alto. Encontraron un documento de Diego sin firma sobre la opresión en Chile. Encontraron asimismo una tesis de Martín Garate en inglés contra el marxismo, escrita en la Universidad de Notre Dame. Encontraron fotos de Diego y mías vestidos con sotana. Yo les aclaré que me había retirado hacía tiempo de la Congregación de Santa Cruz, y que estaba pololeando. El material sospechoso iba a dar a dos agentes que parecían ser los jefes. Uno de ellos era Miguel Velásquez, quien se encerró con el padre Daniel en la cocina. La conversación luego se transformó en discusión gritada. Daniel argumentaba que como podrían ser ellos queridos por la población si la sometían a tantos sufrimientos y vejámenes. Yo seguía afuera sentado y hacía como si dormía. Los otros agentes también dormitaban. En la otra punta del sofá estaba el guatón Romo (famoso dirigente de la población Lo Hermida, quien después de buscar asilarse por medio del párroco de San Roque, apareció persiguiendo a los curas de la zona, y luego se transformó en el temible comandante Romo, de la casa de tortura de calle Londres y luego Villa Grimaldi). A mi otro costado tenía un agente de más edad y más tratable. Me contaba que había estudiado con los salesianos y que los estimaba. No así "otros curas como estos que andan metidos en cosas extrañas". La conversación adentro se hacía interminable y bizantina, mientras los agentes junto a mi se adormecían. De pronto la conversación entre Daniel y don Miguel se hacía violenta, con lo cual me hacía temer lo peor. Por fin se abrió la puerta y salieron los dos. Don Miguel estaba exaltado "lo siento mucho Padre, tendremos que tomar medidas extremas". Le pidió a Daniel que se vistiera. Estaban por partir y ya se lo llevaban. De repente cambió todo. Don Miguel dijo, "usted se queda, y nos llevamos a este otro" (hasta entonces no se tomaba preso a los curas, menos un norteamericano, que les traería seguramente problemas). Recuerdo ese momento como un relámpago, que cambió toda mi vida.

Transcribo ahora el comienzo del primer capítulo del Archipiélago Gulag de Soljenitsin.

El arresto! ¿Será necesario decir que da un vuelco a toda nuestra vida? ¿Que es un rayo que se descarga sobre uno? ¿Qué es una sacudida moral, tan terrible que no todos la encajan y que a menudo lleva a la locura? El universo tiene tantos centros como seres vivientes. Cada uno de nosotros es el centro de un mundo, y el universo se resquebraja cuando le dicen a uno "queda usted detenido". Con el cerebro embotado, incapaces de comprender estas deformaciones tectónicas del universo, en ese momento tanto los más agudos como los más lerdo sólo son capaces de extraer de toda su experiencia un: ¿¿¿¿yo???? ¿¿¿¿por qué????

El arresto es una manera fulminante y sorprendente de arrojar, precipitar, transplantar, de un estado a otro. Esto es el arresto: un fogonazo cegador y un golpe que relega en el presente al pasado, lo imposible se hace presente. Y eso es todo. Y no logrará entender usted nada más, ni en la primera hora ni en el primer día...¡Es un error, se aclarará! Es un estridente timbrado nocturno o un violento repicar en la puerta. Es la arrogante entrada de los agentes. Es además las temblorosas manos que preparan las cosas del detenido: una muda de ropa, jabón, algo de comer. Pero nadie sabe qué debe y qué puede llevarse, y mientras tanto los agentes te apuran, y acortan los preparativos. Es también un arrancar, tirar, apartar violentamente, de las paredes de los armarios, un abrir cajones, un desparramar sus contenidos, apilarlos, pisotearlos.

...las detenciones nocturnas son las preferidas. Sacan al arrestado del calor del lecho. Este se muestra torpe a causa de la modorra, está entontecido. En la detención nocturna los agentes cuentan con superioridad de fuerzas: son varios hombres armados, contra uno con el pantalón a medio abrochar.

Segunda parte:

El relato que sigue fue escrito 30 años después. Muchos sucesos se han ido borrando pero otros persisten nítidos.

Cuando me detuvieron, en la camioneta me trataron con cierta consideración. Don Miguel me aseguró que luego me dejarían libre, y que si tenía algún inconveniente lo mandara a llamar. Eran camionetas Chevrolet C10 doble cabina y un toldo atrás. Normalmente iban dos gentes adelante, y dos atrás, uno a cada lado del detenido. Me ponen cinta en los ojos. La camioneta gira para un lado y otro. Yo trato inútilmente de darme cuenta para dónde me llevan. La desorientación, el no saber dónde estás, crea una profunda inseguridad.

La casa de tortura, calle Londres 38

Esta casa ahora con el número 40 de la calle Londres (hoy sede del Instituto O'Higiniano) queda cerca de la Iglesia San Francisco.

Cuando me llevaban experimenté el típico procedimiento, que en mi caso fue muy paulatino: el tratar al prisionero primero con respeto, luego tutearlo y luego humillarlo con garabatos. Al llegar al recinto de detención se abrió la puerta metálica y la camioneta se introduce en una entrada con piso de baldosas negras y blancas. Como todos, trataba desesperadamente, por el lado inferior de la venda, de retener cualquier detalle. Me llevaron a una pieza y me ofrecieron un cafecito caliente, excusándose de que no podían darme pan porque era aún muy temprano. Para gran sorpresa mía, escucho un susurro que pasa interminablemente de boca en boca: ¿quién tiene pan?, ¿quién tiene pan? Luego escucho muchas manos esposada que me hacen llegar unas migas. Estaba muy emocionado: no estaba solo y compartiría la suerte de ellos. El pan que me habían dado pasó a ser mi verdadera Primera Comunión. Luego me esposaron al resto de los prisioneros.

Pasaba cada día vendado y esposado al resto de mi grupo, en esa sala blanca con molduras francesas, donde sentados esperábamos los interrogatorios. Con gran riesgo se podía mirar por debajo de la venda y reconocer el parquet fino y la base de los muros blancos con sus molduras. Recuerdo que hacía esfuerzos para no volverme loco, y no planificar defensas inútiles. Me puse a orar, y a recordar pasajes de los Evangelios. De repente se me acerca un guardia y me dice que él no ve motivo para que yo esté sonriendo y me da un feroz golpe en la oreja diciendo: "para que aprendas a llevar tu cruz". Me dolió mucho, por varios días, y me salió sangre del oído. Pensé que me habían reventado el tímpano.

Tiempo después busqué un otorrino cualquiera, en Providencia. Me hizo pasar. Le relaté lo que me había pasado. Quedó mudo y estupefacto. Luego de un rato le dije con una sonrisa: "bueno, doctor, ¿no me va a examinar?". Estaba todo bien. ¿Es posible que me hubieran echado algo así como salsa de tomates, caliente, para hacerme creer? Lo creo posible porque he sabido que usaban efectos simulados para amedrentar. Por ejemplo, hacer creer que estaban ajusticiando a alguien allí cerca.

Yo estuve en Londres parece cuatro días. Pero entiendo que los grupos cumplían normalmente dos semanas en tortura. No sé si podía coincidir más de un grupo. Parece que sí. En mi grupo habría unas diez o doce personas. Parece que había una cierta rutina: se empezaba con mucha tortura, para así ir quebrándolos, luego venían los interrogatorios, electricidad, nuevos interrogatorios. Recuerdo que cuando esperábamos sentados, vendados y esposados, en círculo con la espalda contra la pared, llamaban a uno y se lo llevaban. Volvía hecho pedazos. Pedía agua y le decían que no se podía, porque sabía que le haría mal. A mi no me llamaban, lo que me tenía muy tenso, porque me imaginaba que me harían lo mismo. Me llamaron unas dos veces, me sentaron en una silla dura con la cabeza contra las baldosas. Me imaginé cualquier cosa.

Me habrán interrogado unas dos veces. Se vivía aterrado porque después de eternas esperas se llevaban a uno del grupo, y volvía hecho pedazos. Parece que para algunos esos interrogatorios eran repetidos, pues no se quebraban. Ese día me tocó a mí. Me sentaron en un especie de baño, con la cabeza contra los azulejos y sentí ruido de agua en una tina. Esperé largo, luego me interrogó un tipo con voz profunda. A veces se me acercaba demasiado. Yo había decidido una estrategia peligrosa: hablar demasiado no negando ni escondiendo información fácil de obtener y así arreglármelas para ocultar lo que podría causar problemas serios a alguien. El interrogador tenía una voz profunda y pausada. Nunca lo pude ver. Según el psicólogo Tito Zagmut que estaba en mi grupo, como luego me lo contó en el Estadio Chile, estaba seguro que se trataba del psicólogo criminalista Hernán Tuane, de la Universidad de Chile, quien trabajó en Investigaciones durante varios gobiernos y con quien Tito había hecho estudios o prácticas. A él Tuane no le molestó, quizás por miedo a ser reconocido. AL llegar al Estadio, Tito confesó que no había sido torturado, razón por la cual pasó a ser sospechoso de ser un soplón y sufría de ostracismo. A mí, en cambio, Tito me dio confianza y compartimos muchas conversaciones.

Me preguntaron sobre nexos entre gente de Iglesia y los partidos políticos. Me preguntaron sobre mi colaboración con el Comité por la Paz. Les dije que sólo cooperaba consiguiendo materiales para que los presos realizaran artesanías. ¿Que dónde exactamente compraba los materiales? Al Obispo Ariztía, jefe del Comité, siempre se referían con respeto como "el chucha de su madre Ariztía". Me preguntaron sobre el trabajo de los curas en la población. Me relacionaron con el padre Mariano Puga. Comentaron entre varios de los allí presentes que era interesante que siendo los dos de origen aristocrático estábamos en lo mismo. Son "resentidos sociales" dijo uno con autoridad. Después me preguntaron sobre la ida de mi hermano a Cuba. Yo lo negué rotundamente. Había sido invitado pero se había enfermado. Me dijeron que habían encontrado en mi casa fotos sobre la ida de mi hermano a Cuba. Yo lo negué con seguridad absoluta (más tarde estando en el Estadio Chile, le contaba a otro preso algo que Diego había dicho sobre su viaje a Cuba, y sentí como si mi cerebro se desbloqueaba).

Uno de los suplicios peores era la picazón por no poder lavarse. Tantos días sudando frío, por la tensión y el miedo. Me picaba todo el cuerpo y uno debía permanecer sentado sin estirarse. Lo otro era el hambre y el sueño. La boca se ponía muy seca por los nervios. Al baño lo llevaban sólo después de múltiples pedidos y cuando a ellos se les antojaba. Pero lo peor era la cabeza que daba vueltas y vueltas preparando inútiles argumentos.

En una ocasión estábamos como siempre sentados y el vecino me dijo en voz baja y muy rápido (a veces se podía dar pequeños recados cuando parecía no haber

guardias): "tú al menos tienes a Dios de tu parte". Yo le agarré la rodilla y le dijo: "huevón, Dios está en el que está a tu lado".

En calle Londres dormíamos tirados en el suelo de un baño con baldosas y urinarios malolientes. Siempre vendados y esposados de a dos. Dormíamos apilados y recuerdo una vez el de al lado empezó a moverse extrañamente. Yo lo rechacé brusco y no insistió. Eso de dormir es un decir, porque no sabíamos cuando era de noche o de día, y eso nos desorientaba. Cuando "dormíamos" nos despertaban continuamente.

Entre el "personal" había un argentino y otro brasilero.

Una vez escuché que dos agentes discutían. Uno le decía al otro: "cuidado cabrito que si no te portas bien te devolvemos de donde te sacamos". Quizás se trataba de un lumpen, a quien le habían ofrecido un trabajito.

Pareciera que al tercer día mi estado psicológico era tal que comencé a tener alucinaciones. Esto era muy temido. Se me ocurrió que todo esto era una simple imaginación, y que debía pararme, partir y dejar el recinto. Fuera de asustarme, estas cosas me hicieron después reflexionar de que la tortura brutal era innecesaria, ya que una persona se quiebra fácilmente sólo por la situación vivida.

Recuerdo que pasaba hambre. Nunca sabía cuándo comería algo. Sin embargo, los guardias nos hacían ver que comían bien. Un buen día después de un eterno ayuno, nos sirvieron un rico flan. ¿Era parte del tratamiento? Así como se turnaban los buenos y malos agentes. O quizás era parte del proceso de gradual distensión antes que nos mandaran a otro lugar. El último día (recuerdo) ya no hubo interrogatorios y se sentía cierto relaxo.

Estábamos sentados en ronda en la casa de torturas, como siempre vendados y esposados el uno al otro, cuando como algunas veces sucedía gracias a un guardia "bueno", el agente nos preguntó si alguno quería contar un chiste. Lo encontré insólito. Después de un silencio, alguien contó el chiste más increíble. Estábamos siempre vendados, como en noche perpetua, hay que recordar, "Imagínense -dijo- una huevada así y asá, de la cual nace una huevada hacia arriba, que se divide en varias huevaditas que van creciendo..." Así cada uno fue construyendo su propia creación. Esta construcción duró todo el tiempo del mundo. Siempre recordaré ese gesto con gratitud.

En Londres empezamos a intuir al final de las dos semanas (cuatro días en mi caso) que se estaba relajando el ambiente, y que lo peor había pasado. Un día llega el traslado (los traslados eran muy temidos por la incertidumbre que causaban). Nos subieron por pequeños grupos en la parte trasera de camionetas C10 con toldo. Íbamos vendados y esposados, como siempre, tendidos en el suelo. Se escuchaba afuera las conversaciones de los transeúntes, en las luces rojas. Fue una sensación muy dura. La vida parecía seguir normalmente en Chile. Sólo que nosotros circulábamos -como dice Soljenitsin- por las alcantarillas. No del archipiélago de Gulag, sino de Santiago. Nos habían sacado -creo- por una puerta trasera que tenía cortina de hierro, y que daba a la calle San Francisco, justo al lado de atrás de la Iglesia (y que más tarde tapiaron). Lo de la cortina sí que estoy seguro, y de que el suelo tenía baldosas negras y blancas.

El Estadio Chile

Nos llevaron seguramente por la Alameda en horas de afluencia, y llegamos a un lugar donde nos descendieron. Tuvimos que subir unas escaleras amplias, y en un pasillo ancho nos pusieron contra la muralla. Me helé suponiendo lo peor. Vivíamos suponiendo lo peor. Pero nos quitaron las vendas y esposas, y nos hicieron bajar hacia la cancha, donde nos esperaban unos 300 (¿) prisioneros. Era el Estadio Chile (un estadio techado, para básquetbol y espectáculos, que recientemente fue rebautizado Estadio Víctor Jara). Nos dolían los ojos y nos costaba ver, pero saltaban nuestros corazones. Se acercaron muchos a recibirnos y reconocernos. Noté que había una cierta formalidad. Te preguntaban de dónde venías. Sólo atiné a decir que escuchaba campanas (las de San Francisco) y eso más que les bastó. Y luego ¿de qué partido eras? Yo dije que del Comité de la Paz. Lo cual era excelente carta de presentación. Me preguntaron si había sido torturado y se asombraron cuando dije que no. Era una pregunta capciosa, porque se habían detectado varios falsos presos, que se dedicaban a socavar información. Con todo, algunos me ubicaban de nombre y fui rápida y cálidamente incorporado.

Llegaban los grupitos en pésimo estado, así que todos se esmeraban en atenderlos. Estaba yo muy emocionado, y sentí la calidez de tantas caras solidarias. Uno me pasó una presa de pollo fría. Otro me ofreció su cepillo de dientes y pasta. Lo que más quería uno era lavarse. Luego me asignaron mi "carreta", mis compañeros de celda imaginaria. Con gran humor me dijeron que como merecía por mi apellido debía vivir en el barrio alto, eso es arriba de una gran tarima de madera que había (esta tarima había servido para los espectáculos, seguramente Víctor Jara había cantado sobre ella). Algunos estaban presos desde los comienzos y nos relataron las atrocidades que allí sucedieron. Me mostraron donde ajusticiaron a Víctor Jara.

Tres veces al día (¿) había formación. Uno por uno, interminablemente, nos iban nombrando y dábamos un paso hacia delante. "Prisionero de guerra Mario Irrarrázabal Covarrubias" resonaron los parlantes. Y yo di un paso adelante. Escuché un cuchicheo "¿y éste de dónde salió?. El que fuéramos "prisioneros de guerra" se suponía que nos hacía gozar de derechos internacionales, y cierta custodia de la Cruz Roja, que se limitaba a una visita ocular desde el balcón de arriba. Las colchonetas eran (parece) un aporte de la Cruz Roja. Las frazadas grises serían del Ejército.

La verdad es que me sentí en el Estadio tremendamente feliz y útil. Estaba motivado a participar en todo. En ayudar con la artesanía y con las clases de inglés. Se suponía que si salíamos vivos seríamos enviados al exilio. Algunas clases alcancé a dar al historiador Luis Vitale. Pero también sentí que podía hacer algo más. Casi todos habíamos pasado por la muerte, una especie de bautismo de fuego. Para mí esa era necesariamente una experiencia la más profunda posible, un tocar fondo, una experiencia mística. Por eso me sentí motivado a conversar de a uno sobre lo que era esa experiencia y el verdadero cristianismo como entrega a los demás. Sentí que todos me escucharon con atención, que les hacía sentido, que estaban abiertos como nunca a la dimensión más profunda.

En el Estadio estaba prohibido hacer "caldo de cabeza"; esto era, hablar interminablemente de la situación política y de cómo faltaba poco para que la dictadura cayera, elucubrar sobre cuándo nos liberarían y sobre qué hilos se podría mover... Era cuestión de salud mental. Había un caso patético de un preso culto que atravesaba la cancha de un lado para otro, iba en Citroneta conversando de su caso con una tía. Nos

hacía conscientes de que como habíamos luchado en las casas de tortura para no perder la cabeza, debíamos seguir haciéndolo. Había que saber distraerse.

Era un domingo en la mañana, por los parlantes del Estadio nos habla el capellán del Ejército, el padre polaco Pilowski (¿) nos invita a Misa y bromea con que ha traído un coro de lindas niñas. Yo tenía muchas ganas de ir a Misa, después de lo que me había pasado, pero tenía mis dudas. Mis compañeros me alentaron que tenía que ir, que todos iban, que era la única posibilidad de salir un rato afuera, y ver el cielo y el sol. La verdad es que el encierro del Estadio me agobiaba, pero sobretodo las luces de mercurio prendidas todo el día hacían doler los ojos. Así es que subí al patio con los demás. Era una linda y soleada mañana de invierno. Se veían los segundos pisos de las casas de la calle Unión Americana (aquel patio todavía existe y se puede ver desde la calle con su muralla alta). ¿Qué pensaría esa gente? Esperamos de pie, mientras entraron las mujeres que estaban detenidas en las dependencias superiores del Estadio. Muchas saludaban y hacían gestos. Algunos eran pareja. Luego entró el cura con su coro de niñas rubias como de un colegio de barrio alto. Pidió un voluntario para las lecturas, nadie quiso. Algunos me empujaban para que yo fuera, pues sabían que era de la Iglesia, pero yo me resistía. Por fin se ofrece un diputado comunista, quien lee declamando dramáticamente, con sarcasmo. Me dolió. Se trataba de la conversión de Pablo. Luego predica el cura: nosotros habíamos cometido atrocidades horribles, merecíamos la peor pena, pero se nos daba la gracia de seguir con vida, para que nos arrepintiéramos. A una mujer le da un ataque de llanto histérico.

Durante la Misa permanecí atrás como escondido y avergonzado. Nadie comulgó, y menos lo haría yo. Y sólo más tarde me relajo, cuando un pastor metodista me convida a una celebración ecuménica. Éramos unos doce. Fue un momento de oración y reflexión franco y potente. Cuando salí libre hablé tan mal del capellán que, quizás, influyó para que al otro domingo fuera otro cura. Él hizo todo distinto. Los presos estaban felices (me lo contaron cuando más tarde, estando yo libre, los fui a visitar). ¡Pero duró una sola vez! Se hacía artesanía en hueso y cobre para distraerse y hacer unos pesos. Yo me ofrecí para ayudar en eso. Un preso me mostró una planchita de cobre que él había hecho: representaba un pelado tras gruesos barrotes. Me explicó que era el cura polaco.

Bonhoffer, pastor luterano alemán, quien fue preso y luego ejecutado por atentar contra Hitler, escribe en Cartas desde la Prisión que al principio se le acercaba gente muy religiosa pidiéndole consuelo, pero que a medida que la vida de prisión se fue poniendo cada vez más dura, estas personas a quienes llamó "hombres religiosos", se fueron quebrando al igual que tantos otros. En cambio, otros se preocupaban de ayudar a los demás, incluso sacrificando sus raciones. A estos últimos los llama "hombres cristianos".

Algo parecido experimenté en calle Londres y en el Estadio Chile. Personas que se preocupan por los demás y se olvidan de sí. Entusiastas, organizaban deportes, eventos culturales, clases, etc. Eran los anónimos "hombres cristianos", "cuando tuve sed y me diste agua..."

Liberación

Los domingos teníamos visitas de familiares directos. De ellos recibíamos ropa y comida. Pero uno no podía recibir visitas al final de la primera semana, porque parece que querían que uno estuviera más restablecido de las torturas. Así recibí de Jaime

una caja con ropa limpia (el regalo más grande posible) y algunas cosas para compartir en la "carreta".

Al domingo siguiente me llaman por los parlantes. Algunos comentan que sería liberado. Me pongo nervioso. Me llevan arriba a unas oficinas, y me fotografían de frente y de costado. Estaba siendo fichado (no al entrar sino al salir). Luego me encuentro con Monseñor Valech, vestido con innecesaria pompa de obispo (seguramente para hacerse respetar). Al lado, su secretario y abogado (mi hermano Jaime Irrarrázabal). Jaime me interroga de manera dura (al modo que lo hace un abogado) de si yo había sido maltratado, y que mostrara marcas físicas. Yo insistí que no las tenía. Luego me hicieron bajar y esperar en medio de las graderías. Fue una larga espera, sentado solo. Las graderías eran tierra de nadie. No se podía subir a ellas, dejando el plano de la cancha. Tampoco podían los guardias, que nos controlaban desde arriba con sus metralletas, bajar a la cancha. Pero igual varios se escabulleron y pretendiendo despedirse me entregaban papelillos con mensajes que logré esconder en mis calzoncillos. Estaba muerto de miedo de echar a perderlo todo, pero tenía que hacerlo. Luego me van a buscar los guardias. Todos los prisioneros de paran en la cancha mirando hacia mi y me cantan "Llegó la hora de decir adiós".

Que extraño era estar de nuevo libre, y qué injusto era que los otros (algunos llevaban un año presos) siguieran allí, quizás por cuanto tiempo, porque no tenían influencias afuera.

Valech, o sea la Iglesia, debía responsabilizarse por mi. "Sería bueno que estuviera en prisión domiciliaria voluntaria por un tiempo". Valech me quería llevar a una casa eclesial para sacerdotes ancianos. Por suerte Jaime decidió llevarme en cambio a su casa, haciéndose él responsable por mí. Estaba en libertad "condicional".

Salimos afuera. Esperé solo en una banca. Había un lindo sol de invierno, y yo, extrañado, miraba el cielo y los árboles. Como si no tuviera derecho a ser libre. Era un animal quebrado. Jaime había, mientras tanto, ido a buscar el auto. Yo estaba asustado y no quería estar solo.

Volver a ser libre no era cosa sencilla, porque vivíamos temiendo que nos volvieran a tomar, y que como les pasó a muchos, podríamos ser usados para apresar a otros.

Esa tarde de sábado, ya instalado en la casa de mi hermano Jaime, veía las noticias por canal nacional, cuando con gran sorpresa mía aparece el Secretario General de la Junta de Gobierno, coronel Pedro Ewing, anunciando por cadena nacional especial, que había sido desbaratada "la célula política o militar, número tres del MIR" compuesta por sacerdotes y diáconos. Había un miembro de ella apresado, Mario Irrarrázabal, y los otros estaban fugitivos. A la mañana siguiente, domingo 26 de mayo de 1974, una noticia de El Mercurio, encabezando el segundo cuerpo del diario, destacaba los hechos:

"Los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas detuvieron a uno y buscan a otros cuatro de los cinco integrantes de la célula política o militar tres del MIR...que integraban sacerdotes y diáconos del movimiento "Cristianos para el Socialismo"..."

El detenido era el diácono Mario Irrarrázabal quien iba a ser entregado por la tarde desde su lugar de reclusión en el Estadio Chile a la Iglesia Católica para su expulsión del país.

El alto oficial dijo que el grupo desbaratado "tenía por objeto reclutar adeptos para iniciar en Chile la resistencia armada de acuerdo a las comunicaciones e instrucciones oficiales que reciben desde Moscú".

(El Mercurio, domingo 26 de mayo, 1974, página 37).

Estaba quedando claro que se trataba de una maniobra del Gobierno Militar para forzar a la Iglesia Católica a cerrar el Comité pro Paz. La iglesia así lo hizo, para luego crear la Vicaría de la Solidaridad, la cual tenía otra índole, y podía controlarla mejor. En resumen parece que fui usado como un rehén para amedrentar a otras personas. A mí nunca se interrogó ni se me acusó de nada personal.

Pasaban los meses y yo seguía recluido en casa de mi hermano. Cada vez que golpean a la puerta de la casa de Jaime se me apretaba la guata, pensando en que volverían a tomarme. Cuando estaba en el jardín, y pasaba un helicóptero me iba a esconder adentro. Tengo pesadillas por casi un año.

Me dediqué a leer el Archipiélago Gulag de Soljenitsin. Muy poca gente me fue a ver. Tal vez lo encontraban peligroso, y en el fondo, muchos creían que lo dicho por el Gobierno sería en parte verdad. Yo estaba muy sensible y no comprendí que muchos amigos no me fueron a ver. La única excepción, que no he olvidado más, fue la del Obispo Jorge Hourton, quien apareció un buen día y me pidió que le contara todo lo sucedido porque lo quería saber directamente.

De la casa de Jaime me tengo que ir. No sé a dónde (mi papá estaba de embajador de Pinochet en Bonn). Me encuentro en la calle con un amigo jesuita, quien me convida a vivir con él a Maipú. Es una casa del Hogar de Cristo que tiene adjunto el taller de cerrajería del padre Ignacio Vergara, que vive con los padres Gonzalo Aguirre y José Aldunate. Con ellos me siento muy bien.

En la parte de atrás hay otra casa donde se esconde gente que hay que asilar. Esto me preocupaba y me ponía muy nervioso por las noches, pero me enorgullecía.

Esta casa fue allanada después cuando yo ya no estaba. Registran todo el entretecho, lleno de textos amarillos de teología, José Aldunate había salido a trotar muy temprano, en una pinta estrafalaria. Afuera se encuentra con muchos agentes armados. Desconcertados no lo apresan. José vuelve y al ver que no se interesan por él, se pone a trabajar en su pieza, en su famoso informe sobre la tortura. Registran todo, pero su pieza no les interesa. El mantiene abierta la puerta.

De Maipú viajaba diariamente en moto a mi taller en Arrieta 9717 (justo al otro lado de la calle del Regimiento de Telecomunicaciones, desde donde Pinochet dirigió el golpe) y a pocas cuadras del centro de torturas de la Villa Grimaldi. Un día tratan de atropellarme en calle Arrieta allí cerca. Un auto se me enfrentó a propósito, y yo tuve que salirme del pavimento. Pasaba todos los días frente a la Villa Grimaldi, con sus muros rojos, buganvilias, alambres de púa y tubos de neón que alumbraban en la noche hacia fuera. Siempre me fijaba cuando abrían el portón y salía una camioneta con los agentes con lentes oscuros y algún pasajero atrás, también con anteojos negros en medio de ellos. Un día veo entrar una camioneta con Miguel Krassnoff, el que me había tomado preso a mí. (La Villa Grimaldi comienza a funcionar como casa de tortura al cerrarse la de calle Londres).

No sé cuántos meses después se decide que ya puedo volver a hacer una vida normal, y retorno a mis clases en la Escuela de Arte de la Universidad Católica. En 1975 (al año siguiente de salir en libertad) me cambio a la Universidad Técnica. Un buen día me hacen salir de la sala. La DINA quería saber que cómo podía estar enseñando ahí una

persona con tan malos antecedentes. El director se ofreció como garantía de mi comportamiento y se me permitió volver a enseñar.

Había vuelto a mi trabajo profesional. Se me encarga crear la tumba del General Prats y su esposa Sofía. En su inauguración soy el único orador. La DINA rodea en círculo a todo el cortejo. También se me encarga una escultura de gran tamaño para la plaza Las Lilas. Se trataba de la "Esquina de la democracia" (pero sin ese nombre). Los fondos venían de la familia Lyon Cousiño. Estaba entonces todo listo cuando me informan en la Municipalidad de Providencia que había que detener todo debido a una llamada telefónica.

Mi taller fue allanado por militares, en dos ocasiones. La primera vez fue pocos días después del golpe militar, y la segunda unos seis años después, como parte de esas famosas operaciones llamadas peinetas, en que se allanaba casa por casa. Los militares, fuertemente armados, se mostraban fascinados con las esculturas.

Nota final:

Treinta años después hago una investigación sobre las fechas y posibles días de detención y llego a la conclusión de que a pesar de lo que yo siempre había dicho y creído, esta experiencia fue cortísima. Detención: miércoles 15 de mayo de 1974, a las 3 AM. Traslado al Estadio Chile: el sábado 18. Liberado: el sábado 25. Serían entonces 4 días (con tres noches) en calle Londres y 7 días en el Estadio Chile.

Mario Irarrázabal
Santiago, marzo del 2005.